

La Arcadia. P. Virgilio Marón, Bucólicas. Geórgicas. Apéndice virgiliano. Editorial Gredos.

Melibeo. ¡Títiro! Recostado tú bajo la fronda de una extendida haya ensayas pastoriles aires con tenue caramillo; nosotros abandonamos los lindes patrios y nuestros dulces campos; de la patria huimos; tú, Títiro, despreocupado a la sombra, enseñas a las selvas a repetir el nombre de tu hermosa Amarilis...

Melibeo. ¡Viejo afortunado! ¡Así pues conservarás tus campos! Y en una extensión suficiente para ti, aunque la piedra desnuda y una laguna de limosos juncos cubra todos tus pastos. Un forraje extraño no perjudicará a tus ovejas preñadas ni les dañará el nocivo contacto del rebaño vecino. ¡Viejo afortunado! Aquí, en medio de corrientes de agua conocidas y de sagradas fuentes, tomarás el frescor de la umbría. De una parte, desde el lindero vecino, al igual que siempre, el cercado en que las abejas del Hibla liban la flor del sauce te invitará frecuentemente con su suave susurro a adormecerte blandamente; de otra, bajo el elevado risco lanzará al aire sus tonadas el podador y, mientras tanto, ni las torcaces, que son cuidado tuyo, dejarán de arrullar, ni la tórtola cesará en su llanto desde el elevado olmo...

Alexis, quién soy yo, cuán rico en ganado y cuán abundoso en nívea leche. Mil corderas mías pastan errantes los bosques de Sicilia, no me falta leche fresca ni en invierno ni en verano. Canto lo que cantar solía, si alguna vez llamaba a sus ganados...

¡Oh, si tú quisieras al menos habitar conmigo los miserables campos y sus rústicas cabañas, flechar los ciervos y arrear el hato de cabritos al verde malvavisco! Cantando junto a mí imitarás conmigo en las selvas al dios Pan. Pan fue el primero que enseñó a juntar con cera muchas cañas, Pan guarda las ovejas y a sus rabadanes...

Ven acá, ¡hermoso niño!, que las Ninfas te traen canastos de azucenas llenos; en tu honor la blanca Náyade, cortando pálidas violetas y adormideras de tallos altos, las junta el narciso y a la flor del oloroso eneldo, y entretejiendo luego la casia y otras delicadas hierbas al suave jacinto, varía los colores con la caléndula amarilla. Yo mismo te escogeré blanquecinas frutas de tierno vello y castañas que amaba mi Amarilis, añadiré céreas ciruelas, también esta fruta tendrá su honor, y a vosotros, oh laureles, también os cogeré, y a ti, mirto vecino, puesto que así juntos mezcláis suaves olores...

Cromis y Mnasilo, dos muchachos, descubrieron en una gruta a Sileno, que yacía dormido, hinchadas sus venas, como siempre, del vino bebido la víspera; no muy lejos yacían tan sólo las guirnaldas desprendidas de su cabeza y un cántaro tosco de gastada asa pendía de su mano. Se arrojan sobre él (pues con frecuencia el viejo había burlado a ambos con la esperanza de su canto), y con las mismas guirnaldas lo encadenan. Se presta como socia y viene en socorro de los tímidos Egle, la más bella de las Náyades, y en el momento en que él abre los ojos, le pinta las sienes y la frente con sangre de moras...

Llegó Pan, dios de la Arcadia, a quien con nuestros ojos vimos rojo de bermellón y de las sangrientas bayas del yezgo. ¿Por qué no te sosiegas?, le dijo, de tales cosas Amor no cuida, ni el cruel Amor se harta de lágrimas, ni el césped del arroyo, ni de cantueso las abejas, ni de fronda las cabrillas...

Aquí frescas fontanas; aquí blandos prados, Lícoris; aquí un bosque, aquí contigo la misma vida me pasara. Pero ahora un loco amor me retiene bajo las armas del implacable Marte, en medio de los dardos y de cara al enemigo. Tú, lejos de la patria (así no creyera yo verdad tan grande), ¡ah, cruel, sola y sin mí contemplas las nieves de los Alpes y los fríos del Rin! ¡Ah, que los fríos no te dañen! ¡Ah, que el rígido hielo no corte tus delicadas plantas!...

Qué es lo que hace fértiles las tierras, bajo qué constelación conviene alzar los campos y ayuntar las vides a los olmos, cuál es el cuidado de los bueyes, qué diligencia requiere alzar los campos y ayuntar las vides a los olmos, cuál es el cuidado de los bueyes, qué diligencia requiere la cría del ganado menor y cuánta experiencia las económicas abejas, desde ahora, oh Mecenas, comenzaré a cantarte.

Vosotras, oh lumbreras esclarecidas del universo, que guiáis el año deslizado a través del cielo, y tú, Líber, y tú, nutricia Ceres, si es cierto que por regalo vuestro cambió la tierra la bellota caonia por la

gruesa espiga y mezcló el agua del Aqueloo con el mosto de la recién hallada uva, y vosotros, Faunos, divinidades protectoras de los campesinos, traed también la danza, Faunos, lo mismo que vosotras, doncellas Dríades, que vuestros dones canto.

Y tú, Neptuno, en cuyo honor la tierra herida por tu gran tridente brotó al punto el relinchante caballo, y, tú, habitante de los bosques, en cuyo honor trescientos novillos blancos como la nieve pacen los fértiles sotos de Cea; tú, también Pan, guardián de ovejas, abandona el bosque paterno y los valles del Liceo, y si te causan algún cuidado tus campos ménalos, ven a mí, propicio, oh Tegeo, y tú mismo, Minerva, que descubriste la oliva, y tú niño, inventor del corvo arado; y tú, Silvano, que llevas un tierno ciprés arrancado de raíz. Vosotros dioses y diosas todos, cuyo servicio es proteger los campos y alimentar sus frutos espontáneos y hacer caer desde el cielo a los sembrados abundante lluvia...

Antes de Júpiter ningún labrador cultivaba la tierra, ni era lícito tampoco amojonar ni dividir un campo por linderos; disfrutaban en común la tierra y ésta producía por sí misma de todo con más liberalidad sin pedirlo nadie. Él fue quien puso la ponzoña venenosa en las negras serpientes y ordenó a los lobos hacer presa y a removerse el mar y sacudió la miel de las hojas y ocultó el fuego y secó los arroyos de vino, que corría por doquier, con el fin de que la necesidad, por el continuo ejercicio, originase poco a poco variedad de artes y en los surcos buscarse la planta del trigo e hiciese brotar de las venas del pedernal el escondido fuego. Entonces los ríos, por primera vez, sintieron sobre sí los troncos excavados del aliso, entonces el marinero redujo a número los astros y les dio nombres a Pléyades, Hiades y la brillante Osa, hija de Licaón. Entonces se inventó cazar a lazo las fieras, engañar los pájaros con liga y cercar de perros las espesas selvas. Ya un segundo, escudriñando el hondo, hiere con la red el anchuroso río y otro arrastar por el mar los mojados linos. De entonces data el hierro rígido y la sierra de sonido agudo, pues los primeros hombres hendían con cuñas la fibrosa madera. Entonces aparecieron los variados oficios. Todo lo venció el extremado trabajo y la necesidad que aprieta en circunstancias duras.

Ceres fue la primera que enseñó a los mortales a voltear la tierra con el hierro, cuando empezaban a faltar las bellotas y los madroños del sagrado bosque y Dodona negaba su alimento. Después también el trigo sufrió nuevo castigo; el anublo nocivo que consume las espigas y el pelado cardo que se eriza sobre los campos. Perecen los sembrados y crece en su lugar la áspera maleza, el lampazo y el abrojo, y en medio de vistosas mieses sobresalen la cizaña estéril y las avenas locas...